

"México Insurgente" Crea un Nuevo Cine

Por JOSÉ DE LA COLINA

John Reed tendría ahora 84 años, si no hubiera muerto de tífus el 17 de octubre de 1920. Era una gran periodista, un gran escritor. Cuando se inició la revolución en México, vino con su cámara fotográfica y con el propósito de escribir un testimonio honesto, precisamente en el momento en que la casi totalidad de la prensa estadounidense clamaba contra los "crimenes" de los revolucionarios. En México, acompañando a los villistas en sus campañas, comenzó no sólo a amar al país sino además a la causa que levantó en armas al campesinado. Sus reportajes, en una prosa envidiable, formaron un libro, publicado en 1914 con el título México Insurgente.

Después, este hombre íntegro y apasionado, al que Villa y sus guerrilleros llamaban afectuosamente "Juanito", se hizo un testigo viajero: estuvo en los lugares

El filme de Paul Leduc se titula Reed (México Insurgente). Es decir, trata no sólo de la revolución mexicana, sino de su reflejo en un hombre, y del modo cómo un hecho colectivo transformó a una conciencia individual. No

es un mero intento de reconstrucción de acontecimientos, aunque éstos hayan sido admirables y rigurosamente reconstruidos; no es una simple concepción de cierta nostalgia histórica, aunque también sea eso (¿por qué no?). Es

donde los hombres peleaban, donde se buscaba echar abajo la tiranía de una clase sobre otras. Pero puede decirse que en la revolución mexicana se forjó su imagen definitiva de intelectual revolucionario.

Más de medio siglo después de su muerte, John Reed revive en la pantalla en un filme realizado en condiciones muy semejantes a aquellas en las que él hacía sus reportajes. Un filme realizado con grandes sacrificios, al margen de la gran industria cinematográfica (como Reed escribía al margen de los imperativos de la "gran prensa" estadounidense), yendo de pueblo en villorrio, y del villorrio al descampado, filmando entre el viento y el polvo, a la intemperie, que es como se hacen las revoluciones y como se deben hacer los filmes sobre las revoluciones.

un filme que se propone en dos planos de reflexión: Reflexión de John Reed sobre la acción revolucionaria; reflexión de un cineasta de hoy sobre la reflexión de John Reed. Por eso se puede decir que Leduc filma la revolución desde dos tiempos, haciendo dialogar dos épocas. Se trataba de dar testimonio sobre un testimonio, como lúcidamente ha apuntado ya García Riera.

Con un equipo mínimo de técnicos, con una mínima cantidad de dinero, en las condiciones más adversas, el grupo que ha realizado el filme ha mascado el polvo de los llanos, y esto no es metáfora. Gracias a ese polvo, a esa intemperie, a las incontables dificultades, el filme ha podido adquirir su sabor

de verdad. Los actores (la mayoría de ellos no profesionales) tuvieron que sudar y jadear verdaderamente, y de ahí el valor documental de las escenas. Una parte esencial del arte de Leduc ha sido la de incorporar lo accidental a lo planeado, la improvisación a un rigor tan absoluto que en toda la película no hay un plano inútil.

Rigor es volver al sonido directo y a la posibilidad que éste abre de un genuino espacio sonoro, donde un grillo o cualquier ruido imprevisto da la relación de distancia, da prueba de la verdad de un atardecer o de la espera de una batalla. Rigor es mover la cámara lo estrictamente necesario cuando se están filmando los hechos desde el punto de vista esencial, único, insustituible.

Cuando se parte de tal rigor, la improvisación es una riqueza que se da por añadidura. Eraclio Zepeda no es Villa "físicamente", pero después de oírle hablar y gesticular, casi dudáramos de los verdaderos documentos cinematográficos sobre Villa. Y lo mismo sucede con los otros personajes del filme. Porque Leduc no ha hecho que sus actores se ajusten a una idea predeterminada del personaje. Ha confiado en la inteligencia y la sensibilidad de esos intérpretes, dejándolos realmente interpretar. La exacta reconstrucción es, entonces, tan sólo el terreno para que brote la imaginación. Cada instante filmado es una vivencia, no una ilustración de momentos más o menos históricos.

Y eso es el cine moderno: filmar la ficción como se filma un documental, filmar la verdad con la poesía de la ficción.

Muchas veces hemos escrito que no hay nuevo cine mexicano, sino apenas nuevos cineastas. Por sí sola, Reed (México Insurgente) crea todo un nuevo cine mexicano.

Cuando, al final, John Reed (Claudio Obregón) rompe el cristal de una tienda de ar-

tículos fotográficos, la imagen no sólo significa que un hombre decide pasar de su actitud de testigo a la de revolucionario. Significa también que algo se ha roto, se ha abierto, en el cine mexicano.



PAUL LEDUC, director de "México Insurgente"

EXCELSIOR 7-B Miércoles 29 de Marzo de 1972